

Cásate conmigo

JOHN UPDIKE

Traducción de Andrés Bosch

gatopardo ediciones 

Título original: *Marry Me*

Copyright © 1971, 1973, 1976, John Updike

All rights reserved

Published by arrangement with Alfred A. Knopf,
an imprint of The Knopf Doubleday Publishing Group,
a division of Penguin Random House LLC

© de la traducción: Andrés Bosch, 1977,

revisada por Gatopardo ediciones

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U, 2020

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: febrero de 2020

Diseño de la colección y cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: «Chica mirando a una joven pareja en la playa»

(c. 1960). Fotografía de Marisa Rastellini. © Mondadori

Imagen de interior: John Updike y su primera esposa Mary Pennington
(Updike) Weatherall en su casa, en 1964. Fotografía: autor desconocido

ISBN: 978-84-17109-75-2

Depósito legal: B-29061-2019

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



John Updike y su primera esposa, Mary Pennington, en 1964.

«Sé mi novia primero, casémonos después.
Nuestro amor languidecerá hasta la muerte
si nos demoramos demasiado.»

ROBERT HERRICK

A esa playa algo recóndita de la concurrida costa de Connecticut se llegaba por una estrecha carretera de asfalto en bastante mal estado, con numerosas bifurcaciones, vueltas y revueltas incomprensibles. En la mayoría de los desvíos peor señalizados, el camino estaba indicado por pequeñas flechas de madera desgastada que llevaban escrito el interminable nombre indio de la playa, pero algunas de esas señales habían caído sobre la hierba. La primera vez que la pareja acordó reunirse allí —un día idílico e inusualmente templado del mes de marzo—, Jerry se extravió y llegó con media hora de retraso.

También hoy, Sally había llegado antes que él. La compra de una botella de vino y el intento fallido de adquirir un sacacorchos motivaron su retraso. El Saab gris grafito de Sally descansaba, solitario, en el rincón más alejado del aparcamiento. Jerry acercó sigilosamente su viejo Mercury descapotable al coche de Sally con la ilusión de encontrarla sentada al volante, esperándolo, ya que en ese momento sonaba en la radio «Born to lose», cantada por Ray Charles.

*Every dream
has only brought me pain...*

Todo en aquella canción le hablaba de ella. Había incluso pensado en las palabras que emplearía para invitarla a escuchar aquella música en su coche: «¡Eh, hola! Vamos, ven, está sonando un tema genial». En sus conversaciones con Sally, se había acostumbrado a emplear frases y giros de adolescente, mezclados con la jerga de moda y onomatopeyas propias de un tortolito. Mientras acudía a sus encuentros amorosos con Sally, las canciones de la radio se llenaban de nuevos significados para Jerry. Deseaba compartirlas con ella, pero rara vez coincidían en el mismo coche, y a medida que avanzaba la primavera las canciones iban marchitándose como flores de un día.

El Saab estaba vacío; no se veía a Sally por ninguna parte. Seguramente habría subido a las dunas. La playa tenía una forma peculiar: un arco de arena lisa y húmeda, de casi un kilómetro de largo, flanqueado en ambos extremos por conglomerados de grandes rocas veteadas y amarillentas, y por un terreno de dunas que se alzaba sobre los pedruscos más cercanos, salpicado por la maleza propia del litoral y por senderos sinuosos que unían centenares de parcelas de arena aisladas como si de un vasto hotel natural se tratara. Este reino de hondonadas y promontorios era de una complejidad engañosa. Siempre que iban allí eran incapaces de encontrar el lugar exacto, el lugar perfecto en el que habían estado anteriormente.

Jerry subió aprisa por la empinada duna, sin molestarse en quitarse los zapatos y los calcetines. Jadear por el esfuerzo que implicaba correr cuesta arriba le parecía delicioso. Le sabía a juventud renovada, a una prolongación de su pacto con la vida. Desde el inicio de su aventura con Sally, Jerry no hacía más que correr, ir de un lado a otro, crear tiempo allí donde antes no había sido necesario; se había convertido en un atleta del reloj, alargando las horas para aquella inusitada e insospechada segunda vida. Había dejado de fumar para que sus besos supieran a limpio.

Cuando Jerry llegó a la cima de las dunas, se inquietó al no ver ni rastro de Sally. Allí no había ni un alma. Ade-

más de sus dos coches, en la amplia zona de aparcamiento solo había una docena de vehículos, esparcidos aquí y allá. En cuestión de un mes, el aparcamiento estaría atestado, el barracón de madera que alojaba el chiringuito y las casetas para los bañistas serían un hervidero de cuerpos bronceados y resonaría la música del tocadiscos, mientras que las dunas quemarían demasiado para detenerse en ellas. Ahora todavía conservaban aquella apariencia, heredada del invierno, de naturaleza prístina y recién barrida. Cuando Sally lo llamó, el sonido de su voz le llegó modulado por el soplo del aire fresco, como el trino de un pájaro. «¿Jerry?» Era una pregunta, aunque, si Sally podía verlo, forzosamente sabría que se trataba de él. «¿Jerry? ¿Hola?»

Al volverse, Jerry la vio en una duna elevada, con un bikini amarillo. En su descenso, rubia, pecosa y limpia, bajando la vista para no pincharse los pies con la vegetación de la playa, Sally parecía una tímida criatura surgida de aquella arena que hasta entonces la había ocultado. Tenía la parte delantera del cuerpo y los brazos calientes, y fría la curva de la espalda. Había estado tomando el sol. Su cara en forma de corazón había adquirido un tono rosado.

—¿Hola? ¿Me alegro de verte? —Sally jadeaba levemente y su voz, excitada, elevaba cada frase a la categoría de pregunta—. Te he estado esperando en esta duna con un horrible grupo de chicos descamisados que corrían y saltaban a mi alrededor. ¿Estaba empezando a asustarme?

Como si un acceso de timidez le impidiese formular lo que sentía, Jerry abandonó momentáneamente el tono juvenil y adoptó el de un caballero andante.

—Mi pobre dama, a cuántos peligros te expongo. Lamento el retraso. He comprado una botella de vino y luego he intentado comprar un sacacorchos, pero esos imbéciles, esos Norman Rockwell de tiendecilla de provincias, pretendían venderme una broca.

—¿Una broca?

—Ya sabes. Es como un berbiquí, pero sin manivela.

—Estás frío.

—Te lo parece porque has estado tomando el sol. ¿Dónde te has puesto?

—¿Ahí arriba? Ven.

Antes de seguirla, Jerry hincó la rodilla en tierra y se quitó los zapatos y los calcetines. Todavía vestía chaqueta y corbata, su ropa de ciudad, y llevaba la botella de vino en una bolsa de papel, como el trabajador que regresa a casa con un obsequio. Sally había extendido la toalla a cuadros rojos y amarillos en un hondón sin más huellas que las suyas. Jerry buscó con la mirada a los muchachos, que varias dunas más allá estaban observándolo nerviosamente, de soslayo, como si fueran gaviotas. Jerry los miró desafiante y le dijo a Sally por lo bajo: «Son muy jóvenes y parecen inofensivos, pero si quieres podemos ponernos más lejos».

Sintió en el hombro el movimiento afirmativo de la cabeza de Sally, como una palabra que solo ella pudiese pronunciar, una sacudida rápida y tensa, sí sí sí sí. Era uno de los gestos típicos de Sally que Jerry se sorprendía imitando a veces, en situaciones que nada tenían que ver con ella. Cogió la toalla, la cesta playera y el libro (de Moravia) y los depositó en los cálidos brazos de Sally. Mientras subían la cuesta de la duna siguiente, puso la mano en la cintura desnuda de ella para que no perdiera el equilibrio, y volvió la cabeza como para cerciorarse de que los muchachos habían presenciado aquel gesto de posesión. Avergonzados, estos ya se alejaban con su griterío a otra parte.

Como de costumbre, Jerry y Sally avanzaron en zigzag, bajaron abruptos senderos entre arbustos punzantes de arrayán y escalaron cuestas resbaladizas, pletóricos por el esfuerzo físico, en busca del lugar ideal, el lugar en el que habían estado la última vez. Como de costumbre, no lo encontraron y acabaron por extender la toalla en cualquier sitio, en una concavidad de arena limpia que se convirtió, de inmediato, en el sitio perfecto.

De pie ante Sally, Jerry se desvistió. Se quitó la chaqueta, la corbata, la camisa y los pantalones.

—Oh, llevas el traje de baño puesto —dijo Sally.

—Lo he llevado toda la maldita mañana, y cada vez que el elástico del cierre se me clavaba en la barriga pensaba: «Hoy veré a Sally, hoy veré a Sally, con este traje de baño».

Jerry permaneció en pie, inspeccionando la zona, mientras su piel gozaba del aire libre. Estaban ocultos, pero aun así podían ver el aparcamiento allá abajo, el brazo de mar que se extendía, terso, entre el paraje en que se encontraban y Long Island, y las pequeñas crestas blancas de las olas, que avanzaban presurosas hasta estrellarse silenciosamente contra las rocas veteadas.

—¿Eh? ¿Por qué no vienes a verme, con tu traje de baño? —dijo Sally desde la toalla.

Sí, sí, el roce de sus pieles bajo el sol, a lo largo de los cuerpos expuestos al aire. El sol inundaba de rojo la visión de Jerry, que mantenía los párpados cerrados; el costado de Sally y la parte superior de su hombro estaban calientes, y la boca se le hacía agua. No tenían prisa, y acaso esta fuera la prueba más palmaria de que Jerry y Sally eran el hombre y la mujer primigenios: no tenían prisa ninguna y, más que excitarse el uno al otro, aplacaban al hombre y a la mujer que cada uno llevaba dentro. Sus cuerpos buscaban, gradualmente, como corresponde a cualquier crecimiento auténtico, una mayor y más refinada compenetración. El pelo suelto de Sally invadió, mechón por mechón, el rostro de Jerry. La sensación de reposo, de haber alcanzado el muy esperado y plácido centro, lo llenó de una especie de somnolencia que perduró incluso cuando tendió el empeine de sus pies hacia el arco de los pies de Sally.

—Es increíble —dijo Jerry. Volvió la cabeza hacia el cielo para que Sally se fundiera con el sol, y los párpados se le inundaron de rojo.

Al hablar, los labios de Sally rozaron el cuello de Jerry, que estaba cubierto por una sombra granulosa y fresca. Él pudo notarla, aunque solo ella la percibiera.

—Vale la pena. Esto es lo más sorprendente. Valen la pena las esperas, los obstáculos, las mentiras y las prisas, porque, a la hora de la verdad, vale la pena.

Al pronunciar estas palabras, la voz de Sally fue debilitándose progresivamente.

Jerry se aventuró a abrir los ojos y quedó cegado por un círculo duro, más pequeño que la luna.

—¿Te preocupa pensar en el daño que vamos a causar?
—preguntó Jerry, en cuyos párpados, cerrados de nuevo, reverberaba una intensa luz violeta.

Notó que la calidad de la quietud de Sally experimentaba un cambio, como si hubiese arrojado un producto químico sobre su cuerpo, en contacto con el suyo. Sally separó sus pequeños pies curvos de los de Jerry.

—¿Oye? ¿Dónde has dejado el vino? Se va a calentar.

Se zafó de los brazos de Jerry, se sentó y se apartó el pelo de la cara mientras parpadeaba y con la lengua se quitaba de los labios algunos granos de arena.

—He traído vasos de cartón porque he pensado que no se te ocurriría... —dijo.

Tras esta sutil muestra de posesión, los labios recién lamidos de Sally esbozaron una sonrisa.

—Bien hecho, y tampoco tengo sacacorchos. En realidad, señorita, me parece que no tengo nada.

—Te tienes a ti mismo. Es más de lo que tengo yo.

—No es cierto. Me tienes a mí.

Jerry comenzó a moverse, activo y nervioso. De rodillas, se acercó al lugar donde había dejado sus ropas dobladas y extrajo la botella de la bolsa de papel. Era un vino rosado.

—Ahora tengo que encontrar un sitio en el que romper el cuello de la botella.

—Allí hay una roca.

—¿Contra la roca? Y si la botella se me hace añicos en la mano, ¿qué pasa? —Presa de una súbita timidez, el habla juvenil había vuelto a apoderarse de Jerry.

—Hazlo con cuidado —aconsejó Sally.

Jerry golpeó el cuello de la botella contra un saliente de la roca parda y vetada, sin resultado. Volvió a golpearlo, esta vez con más fuerza, produciendo un tintineo sólido, y notó que se ruborizaba. Dirigiéndose a la botella, suplicó:

—Vamos, sé buena chica y pártete el pescuezo.

Golpeó con firmeza. El conjunto de esquiras centelleó ante sus ojos antes de que el sonido de cristales rotos alcanzara sus oídos. Hundió su mirada estupefacta, a través de una reluciente boca quebrada, en un mar cilíndrico, pequeño y profundo de vino revuelto. Sally se le había acercado de rodillas, y exclamó «¡Mmm...!», expresando así una cierta sorpresa, que también Jerry había sentido, al ver el vino, así, desnudo, en el interior de la botella desflorada.

—Tiene buena pinta —añadió Sally.

—¿Dónde has dejado los vasos?

—Olvidémonos de los vasos.

Sally tomó la botella de las manos de Jerry y, hábilmente, acercó el irregular filo de vidrio a su cara menuda, echó la cabeza hacia atrás y bebió. A Jerry le dio un vuelco el corazón, como si de pronto acechara el peligro, pero cuando Sally bajó la botella con expresión satisfecha, su cara seguía intacta.

—Así no sabe a cartón —dijo—. Sabe a vino y nada más.

—Lástima que esté caliente.

—El vino caliente está bueno.

—Más vale eso que nada, supongo.

—Te he dicho que es realmente bueno, Jerry. ¿Por qué nunca me crees?

—Oye, te advierto que no hago más que creerte.

Jerry cogió la botella e imitó a Sally. Cuando echó la cabeza hacia atrás, el color rojo del vino se mezcló con el rojo del sol.

—¡Te cortarás la nariz! —gritó Sally.

Él bajó la botella y la miró de reojo.

—Se me ha echado encima —dijo refiriéndose al vino.

—Tú te lo has echado encima.

Sally sonrió, tocó el puente de la nariz de Jerry y le mostró una mancha de sangre en la yema blanca de su dedo.

—Ahora, cuando te vea en circunstancias normales, observaré ese pequeño corte y solamente yo sabré cómo te lo hiciste.

Volvieron a la toalla y bebieron de los vasos de cartón. Luego bebieron vino el uno en la boca del otro. Jerry derramó un poco en el ombligo de Sally y lo lamió con la lengua. Luego, preguntó tímidamente:

—¿Me quieres dentro de ti?

—¿Sí? ¿Mucho? ¿Siempre?

Una vez más, la voz de Sally elevaba todas sus palabras a interrogantes.

—No hay nadie, nadie puede vernos aquí.

—¿Démonos prisa?

Cuando se arrodilló junto a los pies de Sally para quitarle la parte inferior del biquini amarillo le vinieron a la memoria, de improviso, los vendedores de zapatos. De niño, le inquietaban esos hombres que se ganan la vida a base de arrodillarse y tironear los pies de otros hombres, y se preguntaba cómo se las arreglaban para no sentirse humillados.

Aunque Sally llevaba diez años casada y había tenido otros amantes antes de Jerry, su manera de hacer el amor era maravillosamente virginal, sencilla y expeditiva. Con su propia esposa, Jerry experimentaba cierta sensación de perversión, de embrollo y de esforzada inventiva, pero con Sally siempre sentía que, pese a las muchas veces que había pasado por esa experiencia, ella quedaba, una vez más, inocentemente pasmada. Su cara pecosa, extasiada, el labio sudoroso ligeramente levantado, mostrando el brillo de sus dientes frontales, parecía más un espejo colocado a pocos centímetros del rostro de Jerry, un espejo empañado, que una persona. Jerry se preguntaba qué era aquello y, entonces, recordaba: «¡Es Sally!». Cerró los ojos y acompasó su respiración al suave y expresivo jadeo de Sally. Cuando este cesó y dio paso a una respiración regular, Jerry comentó:

—Es mejor al aire libre, ¿no? Se respira mejor.

Jerry sintió en el hombro el rápido y leve movimiento afirmativo de la cabeza de Sally.

—¿Y ahora fuera? —preguntó Sally.

Recostado a su lado, mientras ella se volvía a poner la parte inferior del biquini, Jerry la traicionó al sentir el deseo de fumarse un cigarrillo. Habría armonizado perfectamente con el sentimiento de plenitud y de gratitud que lo embriagaba, con el ancho cielo y el olor del mar. Avergonzado por aquella recaída en su yo antiguo e impuro, vertió el resto del vino en los vasos de cartón y clavó la botella vacía en la arena, con el cuello hacia el cielo, como un monumento.

Sally miró al aparcamiento vacío y preguntó:

—Jerry, ¿cómo puedo vivir sin ti?

—Igual que yo vivo sin ti. Sin vivir la mayor parte del tiempo.

—No hablemos de eso. No estropeemos el día.

—Está bien.

Jerry cogió la novela que Sally había estado leyendo y preguntó:

—¿Te gusta este tipo?

—Sí. Veo que a ti no.

—No mucho. Quiero decir que no es falso, pero...

Zarandé el libro, lo arrojé a la arena y concluyó:

—¿Es esto realmente lo que hay que contar?

—A mí me parece bueno.

—Son muchas las cosas que te parecen buenas, ¿verdad? Crees que Moravia es bueno, crees que el vino caliente es bueno, crees que hacer el amor es bueno.

Sally le dirigió una mirada rápida.

—¿Y no te gusta?

—Me encanta.

—No, a veces no me crees. No crees que sea tan sencilla, y lo soy. Soy como...

Sally veía las cosas de manera instintiva, tal cual eran, por lo que le costaba encontrar símiles.

—Soy como esta botella rota. No tengo secretos —puntualizó.

—Es una botella preciosa. Fíjate en cómo las curvas del vidrio roto reflejan el sol. Es como un pequeño tiovivo que da vueltas sin parar.

Volvió a sentir deseos de tener un cigarrillo entre los dedos, para gesticular con él. Siempre que se insinuaba una distancia entre los dos, Sally decía:

—¿Eh?

—Hola —contestaba Jerry en tono grave.

Y Sally respondía:

—Hola.

—Cariño, ¿por qué te casaste con él?

Y ella se lo explicó, se lo explicó con todo lujo de detalles, rodeándose las rodillas con los brazos, sorbiendo vino; le explicó de manera tan encantadora, en su tono suave y despreocupado, la historia de su matrimonio del siglo xx, que Jerry no pudo dejar de reír y de besarle la espalda desnuda y encorvada.

—El caso es que seguí tomando clases de equitación y volví a abortar, una vez más. Entonces mi marido me mandó al psicoanalista, y aquel maldito psicoanalista, Jerry (te hubiera gustado porque era muy honrado, igual que tú), va y me dice (no sé qué me pasa, pero siempre procuro hacer lo que los hombres me dicen que haga, es mi debilidad), me dice: «Lo que tiene que hacer es tener este hijo». Y lo tuve. Me encontraba en tal estado de confusión que seguramente pensaba que estaba embarazada del psicoanalista, pero no fue el caso. Era de Richard. Y después de tener este hijo, me pareció que debía tener más, para que el primero quedara justificado, pero las cosas no funcionan así.

—¿Sabes por qué tuve a mis hijos? —dijo Jerry—. Realmente, no lo supe hasta hace poco, y lo supe gracias a algo que dijo Ruth. Ya sabes que es una entusiasta del parto natural. Pues bien, el parto de Joanna fue muy doloroso, y por eso tuvimos que tener dos hijos más, para que Ruth perfeccionara su técnica.

Jerry esperaba que Sally se riera al escuchar su explicación, y así fue, por lo que, con el brusco estallido de sus carcajadas, canjearon por el oro de la risa toda la calderilla de tristes secretos que hallaron en sus bolsillos. Pero Sally tenía más secretos que Jerry. Y esta desigualdad en el

canje lo mortificaba, y, cuando las sombras de las dunas se alargaron sobre el pequeño valle en que se encontraban, Jerry besó las muñecas de Sally y, en un intento desesperado de equilibrar la balanza de sus respectivos infortunios, le confesó:

—Hice mal en casarme con Ruth. Fue mucho peor que si me hubiera casado por dinero. Me casé con ella porque sabía que sería una buena esposa, y lo es. Dios, cuánto lo lamento. Lo lamento de veras, Sally.

—No estés triste. Sabes que te quiero.

—Sí, lo sé, lo sé, y yo a ti. ¿Cómo puedo no estar triste? ¿Qué podemos hacer?

—No lo sé. ¿Seguir así un poco más de tiempo?

—No puede estarse quieto.

Hizo un ademán en dirección al cielo y alzó la vista, como si quisiera cegarse:

—El maldito sol no puede estarse quieto.

—No seas melodramático.

De rodillas, comenzaron a recoger sus cosas y a repasar mentalmente las endebles mentiras con las que habían de regresar a sus respectivos hogares. Cada vez que se agachaba para recoger algún objeto en aquel simulacro de intendencia doméstica, con el pálido cabello cayéndole sobre la frente, Sally, su Sally, tenía un aspecto tan sereno y dócil que Jerry la abrazó, con furia, por última vez en aquel día. Entre ellos, cada abrazo parecía el último. Casi con desgana, de rodillas, Sally apretó su cuerpo contra el de Jerry y le ciñó la espalda con los brazos. Los labios de Jerry recorrieron la piel de Sally, que tenía un sabor cálido en los hombros.

—Cariño, no puedo evitarlo —dijo Jerry.

El reiterado movimiento afirmativo de la cabeza de Sally hizo vibrar sus cuerpos al unísono. *Lo sé. Lo sé.*

—¿Hola? ¿Jerry? ¿Por encima de tu hombro veo la bahía, y un barquito de vela, y un pueblo a lo lejos, y cómo avanzan las olas hacia las rocas y cómo el sol lo ilumina todo y todo es tan increíblemente hermoso? No. No vuelvas la cabeza. Créeme.